

Editorial

Guillermo Jaim Etcheverry,
Rector de la Universidad de Buenos Aires

La Universidad en discusión

Al concluir mi mandato como rector de la Universidad de Buenos Aires, quiero expresar también por este medio mi más sincero reconocimiento a todos quienes en ella enseñan, estudian y trabajan por la generosa colaboración prestada durante estos cuatro años. Aunque es mucho lo que hemos logrado concretar juntos, no es esta la oportunidad de reiterar el balance detallado y ampliamente difundido que realicé al presentar los informes de gestión 2002-2004 y 2005 relacionados con el Consejo Superior y el rectorado en todas las áreas.

Nuestro principal objetivo fue reinsertar a la UBA en la cultura del país; consolidar su identidad y volver a sus mejores tradiciones; cambiar su imagen pública; politizarla interviniendo en la sociedad desde la ciencia y la cultura que son sus fundamentos, pero, a la vez, despartidizarla evitando proseguir en la perversa lógica del clientelismo. La peligrosa tendencia que se advierte en estas semanas a regresar a algunas de estas degradantes prácticas, que interfieren con la libertad de los electores y que no deberían volver, me mueven a llamar a todos a la reflexión acentuando la concepción de una universidad que exprese valores, que proponga modelos de conocimiento y no que se convierta en una empresa obsesionada por el objetivo de conseguir dinero o en un ámbito en el que se debata el reparto de cargos y fondos, migajas de un poder ilusorio. Una universidad que esté relacionada con la ciencia y con la cultura, que reconozca y promueva múltiples inserciones sociales, pero cuyo norte sea la educación.

Estoy convencido de que las universidades, además de ser instituciones destinadas a crear individuos productivos y una sociedad económicamente viable, representan algo más fundamental para la persona, algo no corrompido por las consideraciones comerciales tan de moda. Al cabo de esta experiencia, se ha fortalecido mi convicción de que no hay influencia más importante sobre nuestra sociedad que la que ejercemos sobre los jóvenes que luego actuarán en ella. Allí reside el mayor aporte de la universidad al cambio de esta realidad argentina tan injusta, tan desigual, tan poco solidaria, en muchos aspectos aún tan retrasada.

Los años pasados no han sido sencillos porque tampoco lo fue la historia reciente de nuestro país, de la que la vida universitaria es inseparable. Hemos enfrentado y superado conflictos de la más diversa naturaleza con el telón de fondo de una grave crisis económica que ha comprometido seriamente, y lo sigue haciendo, el normal y armónico desarrollo de nuestras actividades. El marcado retraso salarial de todo nuestro personal hizo que la Universidad destinara para paliarlo una porción importante de los fondos asignados originariamente a su funcionamiento. A pesar de tener comprometido casi un 95 por ciento de nuestro presupuesto en el pago al personal, con la colaboración e inclusive el sacrificio de todos, hemos conseguido sortear tiempos tormentosos sin que

se resintieran aún más las funciones esenciales de la Universidad, logrando mantener la paz social en nuestra compleja y tan diversa institución.

Volviendo la atención hacia lo hecho en estos años y a pesar de las dificultades comentadas, no es poco lo que hemos conseguido entre todos. Enfrentado a la necesidad de identificar el logro más importante, no dudaría en afirmar que reinsertamos a la UBA como un actor social protagónico en la cultura argentina, una institución plural crecientemente preocupada por continuar realizando aportes sustanciales al conocimiento, ampliando su compromiso con la enseñanza y expandiendo los ámbitos destinados a compartir sus saberes y su experiencia con el conjunto de la sociedad argentina para contribuir a encontrar soluciones a los graves problemas que la afectan. En los hechos intentamos mostrar a nuestra sociedad que ésta ha dejado de ser una institución estrechamente ligada a la política partidaria. Ahora no debemos ceder éste, que quizás sea uno de nuestros principales logros, sino que deberíamos consolidarlo definitivamente pues, además, así lo dispone nuestro Estatuto.

En estos años hemos dado muestras claras de nuestro interés por el destino de la educación argentina, proyecto civilizador del que somos un actor esencial. Restricciones y dificultades no nos han hecho abandonar el apoyo a la investigación científica porque tenemos la clara decisión de continuar siendo una universidad que investiga en todos los campos del saber, tal vez el rasgo que nos confiere la identidad poderosa y singular que nos distingue en el escenario de la educación superior argentina. Afirmamos nuestra vocación internacional y profundizamos nuestro compromiso con las genuinas tareas de extensión y, en todas las áreas, promovimos la necesidad de encarar nuestra labor formativa desde la búsqueda y la aplicación del saber. Planteamos con claridad y firmeza, ante la sociedad y el Estado, nuestra necesidad de recursos para funcionar con la seriedad imprescindible e iniciamos un dificultoso camino, lejos aún de completarse, para normalizar nuestra administración.

Con el apoyo de muchos hemos aprobado medidas que nos han permitido dar un decidido impulso a la realización de los concursos de profesores regulares; designar profesores eméritos a propuesta del Consejo Superior; establecer la incompatibilidad entre el ejercicio de cargos de representación en los cuerpos colegiados y el desempeño de cargos de conducción ejecutiva; realizar elecciones simultáneas de los claustros; modificar el mecanismo de elección de sus representantes ante el Consejo Superior; afirmar al Consejo Superior como órgano efectivamente responsable de la jurisdicción superior universitaria; elaborar el presupuesto anual de la universidad por primera vez en muchos años a partir de 2003; exponer los recursos propios en ese presupuesto y muchas otras propuestas para las que logré el acompañamiento de gran parte de los integrantes del Consejo Superior —a todos quienes expreso mi sincero reconocimiento—, mientras que otros proyectos aguardan ser debatidos como, por ejemplo, el régimen común de estudios y la nueva estructura del Ciclo Básico Común.

Es precisamente por todo lo que hemos hecho juntos durante estos cuatro años que hoy me despido con el sabor amargo de no haber podido transmitir el rectorado de la UBA como pensaba hacerlo, en una jubilosa ceremonia pública, a otro rector democráticamente elegido por la libre expresión de la voluntad de sus claustros. Confiemos en que la reflexión modifique la posición de quienes han impedido por la fuerza el funcionamiento de la Asamblea Universitaria, así como la de aquellos que han protagonizado acciones de una prepotencia igualmente condenable. Una universidad debe ser un ámbito de discusión plural, en el que se escuchen las ideas de todos, en el

que se respete a todos, en el que las mayorías circunstanciales no se encierren en la soberbia sino que dialoguen con minorías que, a su vez, no se erijan en jueces de los demás. Hoy surgen a la luz síntomas inocultables de nuestros dilemas más profundos y es evidente que lo que se discute son dos modelos claramente diferentes de universidad. Como ha quedado demostrado, son concepciones diametralmente opuestas. Sólo deponiendo posiciones que hoy aparecen como irreductibles se garantizará que esta gran institución –que he tenido el enorme orgullo de representar durante estos años– se reencuentre con sus mejores tradiciones. Estoy convencido de que así será.

Buenos Aires, 5 de mayo de 2006